

que explota el esfuerzo. Hay que saber abandonar determinados privilegios personales de rango, de fortuna, aun de inteligencia, para adaptar nuestro valor al de los otros y saber concebir, en presencia de nuestro trabajo realizado, lo que éste se vuelve multiplicado por el de nuestros asociados. Hay que comprender que los principios de autoridad y de disciplina no envilecen nada a quienes trabajan bajo su doble dirección. Es ésta, acaso, la mejor lección de la guerra al individualismo francés; y será tarea de los que sobrevivan hacer por que no se pierda.

No es inverosímil presumir que el hombre que ha conocido el valor de la autoridad en el peligro, será más apto para aquilatar el precio de esa misma autoridad en el ejercicio de una labor pacífica; y el que asuma la autoridad habrá aprendido a defenderla y a hacerla producir cuanto ella puede; para él, ella debe constituir un deber y no un privilegio. Unos y otros, por lógica natural, no se desinteresarán de la «cosa pública». Una fusión íntima de las actividades privadas en la actividad directora del Gobierno es la base propia de